

Miguel Cruz Hernández

Historia del pensamiento en el mundo islámico

**I. Desde los orígenes hasta
el siglo XII en Oriente**

Alianza Editorial

1. Las raíces intrínsecas del pensamiento islámico

1. Arabia, cuna de los árabes y del Islam

El Islam surgió en el siglo VII de nuestra era dentro de la Península Arábiga y en un muy alargado triángulo cuyos vértices pueden situarse en La Meca, Tayf y Medina, entonces llamada Yatrib. Su relativamente rápida y extensa difusión redujeron la aportación biológica árabe a muy pocas gotas de sangre; pero no sucedió lo mismo con el aporte cultural, ya que la lengua árabe, sus tradiciones literarias y algunas de sus formas sociales influyeron decisivamente en la posterior y universal comunidad islámica.

La delimitación precisa del papel social de los pueblos de la Península Arábiga en la formación de los pueblos semitas es muy difícil; pero parece que la hipótesis menos comprometida es la de hacerles proceder de dicha región, cuya estructura geográfica asienta un robusto cuadrilátero de grandes altiplanicies desérticas, cercadas por cadenas montañosas y rodeadas por costas rocosas, escasas en puertos naturales. Su situación central en la franja de desiertos que asciende de sureste a noroeste, desde el Sahara occidental hasta los desiertos del este de Siberia, colocan a la Península Arábiga fuera de la región de las grandes lluvias cíclicas. Las nubes, más bien escasas, que llegan hasta sus costas encuentran la barrera de las cadenas montañosas cercanas y paralelas a la mar. Estas duras condiciones climáticas explican satisficientemente las emigraciones de las tribus semíticas hacia las regiones después llamadas del Creciente Fértil. La falta de solución de continuidad entre los desiertos arábigos y los sirio y mesopotámico hicieron que los dos caminos

HERNÁNDEZ MC. "Historia del Pensamiento en el Mundo Islámico". Madrid: Alianza Editorial, 2000

esenciales para la emigración, como luego para las rutas caravaneras, fuesen los de los golfos de Akaba y Pérsico o Arábigo. Unos cuatro milenios antes de nuestra era, algunas tribus semitas emigraron hacia las zonas de los ríos Tigris y Éufrates. La tradición hebrea, de posible origen mesopotámico, situó a las gentes de Abraham en Ur-Qaşdim, en Caldea.

Antes de la predicación del Islam, los árabes habían creado tres cicloclturas importantes: himyari, tamidi y nabatea. Los himyaries históricamente aparecen como sedentarios, agricultores y comerciantes, pues se encontraban en la ruta de los perfumes y de las especias procedentes del sur de Asia y de Insulindia. Algunas leyendas al parecer muy antiguas, las ruinas del dique de Ma'rib y las historias atribuidas a la dinastía de los Banu 'Tubbā', a los que perteneció Bilqīs, la supuesta reina de Saba del *Libro de los Reyes*, es lo que sabemos de ellos. De los tamideos nos han quedado restos arqueológicos muy importantes, en especial los de Tamūd (Palmyra), que nos informan de su desarrollo social y cultural, enraizado por el este con las civilizaciones mesopotámicas y persas, y después por el oeste con las helenísticas y romana, así como de su condición sedentaria y comerciante. Los nabateos nos han legado abundantes restos culturales, algunos antiguos y esplendorosos, como los de la maravillosa ciudad hipogea de Petra, con posibles aportaciones mesopotámicas, cubiertas hoy por las posteriores creaciones del período helenístico-romano.

Sin embargo, sería un gran error suponer que el resto de los árabes peninsulares permanecieron siempre totalmente incommunicados con los pueblos vecinos, pues la caravana y el comercio lo impedían. Algunos grupos debieron mantener relaciones muy estrechas con gentes cristianas y judías. En el primer caso hay que mencionar a los 'ibadites de Hira y a los gassánides de Gassān, tan árabes como cristianos, los primeros de los cuales, de rito nestoriano, ejercieron una notable influencia cultural. En el segundo caso, de aceptar lo que se refiere al poder judío en la antigua Yátrīb, no sería descabellado suponer que no todos los judíos medievales lo fueron étnicamente y es muy posible que muchos de ellos fuesen antiguos árabes convertidos a la religión de Moisés.

Todo ello no empuja para considerar que la situación geográfica de Arabia facilitó que permaneciese libre de la influencia social directa de los pueblos de la Antigüedad grandes conquistadores. Egipcios y mesopotámicos pasaron por el golfo de Akaba; la influencia persa no fue más alta de ciertas ciudades fronterizas y marítimas; los etíopes solo ocuparon una parte del sur de Arabia y no por mucho tiempo; se dice que Alejandro falló cuando aprestaba una expedición a Arabia; los romanos no descendieron más allá de la Nabatea. Una gran parte de la península permaneció un tanto cerrada en sus desiertos y misteriosa hacia el exterior, excepción hecha de sus centros de mercado. Si prescindiéramos de éstos, las rutas del desierto solitario sólo estarían salpicadas por contados oasis y algunos pozos, entre los que apenas si aparece algo más que el barro y el odre, la estera y la poesía, el amor y el ban-

didaje. Cuenta una antigua leyenda que las alforjas de Dios cuando repartía las estrellas se rompieron sobre los desiertos arábigos y por eso su cielo parece más estrellado; cabe la entrada de la jaima y bajo tan brillante firmamento habría nacido la poesía árabe, cuyo primer rímo debería nullo al acompañamiento del paso de marcha del camello. Según la tradición, oficializada tras la expansión del Islam, del cielo estrellado, del paso del camello y de la soledad caravanera habrían nacido las casidas preislámicas, cantoras de las glorias tribales y de las abandonadas ruinas de los fugaces campamentos cuyas tibias cenizas despertaban el recuerdo de la amada.

La religión preislámica, aunque insuficientemente conocida, representa el estadio poliorfista y pandemonista de la evolución de las religiones. El *témno* de La Meca debe ser relativamente antiguo. Su carácter sacral se fundamentaba en la existencia de tres bejtos: la Piedra Negra, situada en un edículo llamado la *Ka'ba*, el *Maqām Ibrāhīm* y el pozo de *Zān-Zām*, al parecer abierto sobre una corriente de agua subterránea. Posiblemente existió un dios de la ciudad, acaso la diosa Lāt, tan querida de los mekkies; pero el carácter de gran mercado caravanero hizo que, junto a los bejtos y a la divinidad de la ciudad, el *témno* acogiese a numerosas divinidades tribales y deidades de otros pueblos, algunas agrupadas en tríadas, como en las cosmoteogonías babilónicas. De entre sus ritos deben señalarse la venganza ritual, el culto a los antepasados, las procesiones y la peregrinación. De su estatuto social conocemos algunos detalles conservados por las tradiciones islámicas o deducibles de éstas. Se les describe como hombres generosos y valerosos, caballerosos con la mujer y los más débiles, y esclavos de la palabra empeñada; pero a la vuelta del tapiz se les pinta como sensuales, polígamos sin límite, tahures en el juego, pendencieros, orgullosos, rencorosos y borrachos. Las llamadas casidas preislámicas cantan los amores románticos y platónicos, que mal se avenían con la sensualidad, la poligamia y la prostitución más o menos encubierta por la forma del matrimonio por un día.

Es muy difícil trazar un cuadro social sobre unas cuantas leyendas, la crítica islámica y unos poemas acerca de cuya redacción actual caben algunas dudas. De cualquier modo se trata de un modelo de riguroso y rígido arificio, que favorecía las más complicadas metáforas, pero que apenas si dejaba resquebrajar alguno al creacionismo poético. La fantasía, que solo les atrihuyen los que no las han leído, brilla por su ausencia; su belleza nace de una aguda observación sensual de la realidad natural, trabajada como un dedicado encaje de pura álgebra poética. Aunque sólo se trate de una comparación y como todas no exacta del todo, las aparentemente ricas metáforas de la poesía preislámica siguen siempre una gradación descendente: lo vivo se hace inerte, como luego la fresca vegetación en la complicada geometría del arabesco, o el grajejo de unos lunares en el rostro femenino en gotas de tinta de un malhumorado escribano. Todos los matices del cuerpo femenino pueden reducirse a la esbelta palmera (el tallo) meciéndose sobre una duna (las manchas caderas).

2. La concepción preislámica del mundo

Habida cuenta del polimorfismo y pandemonismo de la religión preislámica y de las tan escasas como reiterativas informaciones históricas, el trasgo consuetivo de la cosmovisión árabe preislámica es su condición social tribal y la creencia en el destino inexorable. La vieja existencia tribal, convertida en elisé tradicional, ha clavado su divisa en el espíritu que se dice árabe y ha conservado hasta hoy los viejos nombres de tribu. El gran lazo de convivencia es la proximidad de parentesco: de sangre, de leche, de adopción o de clientela. Se trata, como luego explicará Ibn Jaldún, de un estatuto social típico del hombre nómada habitante del desierto, el gran maestro de la vida moral. La ciudad es el mercado pasajero; los habitantes de la ciudad pierden la fuerza de cohesión social, se aburguesan y carecen de moral, salvo la del dinero. Así pensaron los primeros musulmanes de los mekkies y así dirá luego Ibn Jaldún de los andalusíes. El crisol del estatuto social del hombre preislámico es el desierto.

Si todo el esfuerzo por la pervivencia individual y social es arduo, tanto más lo es en el desierto: el sustento del hombre y de su ganado es pobre y miserable, pero sobre todo escaso; la necesidad espolea con el látigo del hambre; la misma agua es un raro y contado tesoro. Además, el desierto es inestable y caprichoso: una tempestad inesperada puede borrar las rutas y cegar los pozos. La radical inseguridad del desierto obliga a aceptar un destino arcano y misterioso que marca tanto a las cosas como a los hombres; la predestinación señala el abismo ontológico entre la realidad de allende y la de acá, entre lo que acontece y la voluntad, entre el que ordena y el que debe obedecer; la única libertad personal es la de quejarse, de la que tanto uso hicieron los poetas preislámicos. La comparación con las cosmovisiones hebrea y griega nos muestra mejor las diferencias de la arábiga.

También los hebreos fueron un pueblo del desierto del grupo de los nómadas menores; pero llegaron a la idea de un Señor Universal, Yahvé-Elohim, todopoderoso que les habló por medio de Abraham y de Moisés, que les dio su *palabra* y que les unió por la *fidelidad*, prometiéndoles tierras ubérrimas «de leche y miel»; con tal promesa justificaron la ocupación e intentaron el monopolio de la Tierra de Canaán. Los griegos, pese a su compleja teocosmogonía, llegaron a la idea de un cosmos eterno, aunque transformable y dinámico, cuyas posibilidades nacían de una naturaleza esencial que constituía la raíz de las cosas. Los árabes preislámicos carecían de la *palabra* de un Dios; nadie les hizo brotar agua de las piedras, nadie les obsequió con el maná y las codornices, nadie envió en su ayuda legiones de ángeles. El desierto es lo menos explicable desde una supuesta esencia permanente que se mantiene pese a los cambios accidentales. Por tanto, el desamparo existencial del hombre del desierto, antes que Dios le mandase su *palabra*, era radicalmente absoluto. ¿Queda algo de ello en los árabes ya islamizados? No cabe duda de una respuesta afirmativa, aunque matizada. Averroes pensaba, y así lo escri-

bió, que el desierto crea hombres tan pobres como llenos de ambición y fuertes en su condición social; y ello fue lo que llevó al emir de los árabes a derrochar al rey de los persas». Pero, a la tercera generación, alcanzado el bienestar y las riquezas, la decadencia acaba con todo.

Los árabes queman sus vidas en un derroche de energías aventureras, y si el azar no viene en su socorro se dejarían morir casi sin quejarse, como aparece en algunos de los viejos poemas. Parece que de estrellas abajo existe un solo plano ontológico: el hombre no es la cima de la naturaleza, como pensaban los griegos, ni ha sido creado para señor de la creación, como creían los hebreos. Las cosas no son sustancias permanentes en su esencia, sino fantasmáticas veloces, estrellas fugaces que se desvanecen en la noche. El medio ambiental no es una naturaleza, fuerza engendradora de lo que es, ni tiene la vieja seriedad que en la cosmovisión griega. Las huellas de todo ello aparecen en la filosofía, en la ciencia y en el arte. Cuando luego se intente una muestra de la existencia de Dios, se partirá de la contingencia: en el mundo no existe nada consistente; todo cambia, excepto Dios, dirá después Avicena citando el Alcorán; y de aquí arrancan algunas de las dificultades al intentar explicar filosóficamente el modo de la creación, que no puede separarse absolutamente de Dios, porque dejaría de ser; pero como no puede confundirse lo creado y el Creador, el mundo queda como pendiente del hilo de una fuente. La física árabe-islámica, pese a su débito con la antigua, tendrá la virtud de un mayor empirismo; la matemática dejará de ser ciencia de magnitudes para convertirse en compendio de relaciones; la aritmética será álgebra; y la geometría, trigonometría.

El arte se presentará brillante y tentador a la primera mirada, siempre que hagamos abstracción de la ausencia del creador, del artista. Muy rápidamente experimentó un proceso de abstracción y de impersonalización en el que triunfará la geometría más pura, representando nada menos que la simbolización de la creación, del cosmos y de la vida, como en la maravillosa cúpula esotérica del Salón de Embajadores de la Alhambra, descrita y sabiamente por el profesor D. Cabanellas. Mal que pese, la arquitectura palaciega recordará un poco los viejos campamentos beduinos: cada príncipe levantará su palacio o pabellón junto al de su predecesor; y cuando la pobreza o la decadencia permitan tal lujo, al menos se cambiará la decoración, como antaño las alfombras de la jaima paterna. La presentación estética irá directamente encaminada a los sentidos; se preferirá lo que antes penetraba por los ojos: el color plano, que rechazarían nuestros ojos si se llegase a restaurar. Los elementos decorativos acabarían por inundar todo el conjunto, utilizándose los materiales constructivos más pobres, aunque muy resistentes, como el tapial, pero ricamente revestidos. Podría decirse que la Alhambra no es más que un montón de barro rojizo y deleznable (aunque soberbiamente bien trabajado y consistente), pero revestido de azulejos, mármoles y yeserías policromadas, con finura de entente y pespunte de bella caligrafía. Siempre queda un aire entre movimiento e indeterminado, como las tres vocales del *alifbá*, los colores

fundamentales de su pintura y la supuesta naturalidad del jardín, mitad paraiso florido, mitad huerta suculenta; no en vano en la poesía la berengena hace compañía a la rosa.